

EL LEGADO DE ALFONSO REYES AL COLEGIO DE MÉXICO

Sólo un hombre completo, inteligente en extremo, universal en su cultura y en su expresión, como fue Alfonso Reyes, pudo haber fundado una institución ejemplar en tantos sentidos como es ésta, nuestro entrañable Colegio de México. Sólo un Alfonso Reyes, humanista pleno, abierto a todo conocimiento y sensible a toda manifestación creativa, pudo concebir y darle sentido a ésta, su magna obra de madurez. Como bien lo señala Antonio Alatorre, El Colegio de México fue la culminación de la vida de Alfonso Reyes:

Es como si su formación en México y fuera de México, y sus tareas de escritor y de hombre de estudio, y su actuación pública aquí y en Europa y en la América del Sur, y el arte exquisito con que sabía cultivar las relaciones humanas, y su preocupación siempre alerta a los problemas del mundo, hubieran sido un adiestramiento para esta obra de sus años maduros¹.

Su carácter de humanista universal, enciclopédico y curioso de todo cuanto el mundo de la cultura había producido o podría llegar a producir, llevó a Alfonso Reyes a construir una institución con miras amplias y a promover el estudio de distintas y variadas disciplinas, desde la literatura y el estudio de la lengua hasta la historia, la filosofía y la sociología. Para Alfonso Reyes, crear cultura significaba estar atento y ser receptivo a todas las inquietudes humanas, incluidas, desde luego, las preocupaciones políticas. Su amor por la cultura española, y en general hispánica, y su compromiso serio y profundo con una España republicana que

¹ ANTONIO ALATORRE, "Alfonso Reyes y El Colegio de México", *Diál.*, 1970, núm. 32, p. 28.

luchaba contra el fascismo lo llevaron a convertirse en la piedra angular del sostén de los intelectuales españoles exiliados en México. Carlos Pellicer sintetiza en una sola imagen el compromiso político de don Alfonso con la finura de su trato y con la universalidad de su cultura:

Fue como un príncipe republicano;
un diamante de toda garantía.
Un diamante engarzado en la alegría
de tener siempre cerca lo lejano².

Como humanista y hombre de letras, sabio y sensible, don Alfonso sabía que la educación consiste en la integración total de las posibilidades de cada hombre a su medio; sabía con certeza el lugar que ocupaban las distintas ciencias y las varias disciplinas sociales y humanísticas en el concierto del saber humano. “No me avergüenzo —decía don Alfonso— de que se me llame «humanista», porque hoy por hoy humanista ha venido a significar persona decente en el orden del pensamiento, consciente de los fines y de los anhelos humanos”³. Qué lejos estaba Alfonso Reyes de cierta tecnocracia que hoy padecemos, que ignora y desprecia todo aquello que no sea su pequeña parcela de especialización. No es raro, por ejemplo, oír hoy en día, de quien no entiende más que su limitado oficio, que el estudio de la literatura y de la lengua simplemente adornan, pero que en nada avanzan a una sociedad. Bien sabemos que si Alfonso Reyes no hubiera tenido el conocimiento profundo, riguroso y fiel que proporcionan las letras y las humanidades, no hubiera sido el visionario que concibió una empresa cultural de la magnitud de esta tan pequeña y sencilla, pero tan eficiente y peculiar institución. Fue a partir de las grandes obras de la literatura universal como Reyes comprendió que educar es un acto que se da más en profundidad que en extensión⁴, y ésta fue la norma que adoptó como base para regir la singular vida de El Colegio de México.

² *La Gaceta*, FCE, 1989, núm. 220, p. 44.

³ ALFONSO REYES, *Anecdotario*, Era, México, 1968, p. 19.

⁴ Sobre estas ideas de Reyes, dice CARLOS FUENTES: “Para él, la educación significaba enfrentarse a los problemas radicales de la vida personal y de la convivencia social, y no una enumeración de datos inútiles y secundarios. Para él, educar no era un alarde primario y fragmentado, sino una integración total de las posibilidades de cada hombre en su comunidad. Para él, la educación era inútil si no corría pareja al mejoramiento económico y social.

Si Alfonso Reyes pudo construir esta pequeña gran obra que enriquece no sólo a nuestro país sino a toda su querida América Latina fue porque, además de ser un hombre de letras con conocimientos enciclopédicos, tenía una variedad de cualidades esenciales, difíciles de ver hoy reunidas en una sola persona.

Aunque no diera esa impresión, don Alfonso, al decir de testigos, supo ser un excelente administrador. Como presidente de El Colegio de México, además de planear con inteligente claridad de miras todas las actividades académicas de la institución, cuidaba también del escaso presupuesto y aun lo supo acrecentar de tal manera que a su muerte El Colegio pudo tener su primer edificio propio. Don Alfonso, por otra parte, se preocupaba por el funcionamiento en detalle de todas y cada una de las actividades de El Colegio. Esto se evidencia en la graciosa carta en verso que le escribió a Antonio Alatorre, entonces secretario interino de El Colegio, durante un rápido viaje que hizo a Monterrey para recibir un doctorado *honoris causa*. En ella muestra su preocupación por todos; por estudiantes y colegas, por la bibliotecaria, el portero y el mozo:

...cuídenme mucho el Colegio,
 las nóminas y los pagos

 Súbase usted a la torre

 y congregue a las mesnadas

 Conviden a los amigos,
 no olviden a Picón Salas,
 a Gaos, Millares Cario,

Para él, educar era un acto en profundidad, más que en extensión, y su raíz se encontraba en el conocimiento de algunas grandes obras. Para él, el azar sería vencido por un programa en el que la inteligencia propusiese fines humanos democráticamente elaborados y consentidos. Para él, la cultura cumplía el fin político primordial de enriquecer la inteligencia pública a fin de que la opinión supiese escoger responsablemente hombres y metas. Para él, cultura era idéntica a democracia activa. No en balde deslinda nuestra sociedad a la cultura de la política: ésta, sin aquélla, se convierte en ejercicio esporádico, engañoso y burocrático: en puro *statu quo*. No en balde es toda la obra de Reyes un programa de cultura política: su sentido consiste en alentar el ascenso de la voluntad del pueblo a un pleno ejercicio de la responsabilidad ciudadana”, en “Alfonso Reyes”, *Presencia de Alfonso Reyes*, FCE, México, 1969, pp. 27-28.

Orfila, Silvio Zavala.
 Guarde las puertas José,
 guarde los libros Susana.
 Corra con su bicicleta
 Juanito y lleve las cartas [. . .]⁵.

Tuvo Reyes durante su presidencia de veinte años —veinte largos y fructíferos años— en El Colegio un admirable sentido para establecer siempre buenas y eficientes relaciones con los funcionarios del gobierno, y fue un negociador excelente porque se supo mover siempre desde una posición de fuerza. Esta fuerza no se la dieron el poder político, ni el dinero, ni menos el amiguismo, sino que la tenía ganada gracias, exclusivamente, a su prestigio, su honestidad, su laboriosidad, su simpatía y su creatividad.

Don Alfonso fue también un hombre valiente, de actitudes firmes y de voluntad férrea. Luchó a brazo partido por establecer en nuestra América una cultura hispánica sólida. Esta lucha, motivada por su amor a México y en general a Latinoamérica, fue determinante para la creación de El Colegio de México. Poco antes de su fundación, en 1939, Reyes le escribe desde México a su gran amigo, Pedro Henríquez Ureña:

La Universidad de Texas me ofreció una cátedra bien remunerada y la dirección de un Instituto Latino-Americano que se va a crear con el mucho dinero que les sobra, con nombramiento para toda la vida, jubilación y todo. A pesar de que aquí se anuncian sobresaltos político-electoral, no quise aceptar. No quiero desterrarme, volverme pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos latino-americanos por aquella gente. No quise volver la espalda a mi destino de mexicano y a mi nombre. [. . .] He preferido quedarme aquí, quemarme aquí, recristalizar aquí, y el Presidente [de la República] me ha ofrecido una situación modesta pero hermosa: la Presidencia del Patronato de la Casa de España [antecedente de El Colegio] a la que voy a procurar dar verdadera vida, conservándole su carácter de centro universitario científico⁶.

De la misma manera como Reyes se preocupó por su destino de mexicano, frente a Estados Unidos, siempre tuvo presente que

⁵ ANTONIO ALATORRE, "Un momento en la vida de Alfonso Reyes (y una poesía suya inédita)", *La Gaceta*, FCE, 1989, núm. 220, p. 9.

⁶ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA y ALFONSO REYES, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, t. 3, Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», Santo Domingo, 1983, pp. 461-462.

nuestra cultura en México sólo podría sentar sus bases, no en la realidad de nuestro país aislado, sino en la totalidad iberoamericana. Reyes, junto con otros grandes personajes de nuestro continente, como Pedro Henríquez Ureña, fue maestro en la elaboración de esa cultura hispanoamericana que no podía quedar fragmentada en las fronteras políticas del continente y que rechazaba tajantemente todo nacionalismo vacuo.

Por el carácter a la vez mexicano y universal que don Alfonso le imprimió al Colegio —fundado originalmente como hogar para los intelectuales mexicanos y para los españoles refugiados por la guerra civil, y que luego fue enriqueciendo día a día con la presencia de latinoamericanos— en esta institución nunca existió el prejuicio del nacionalismo empobrecedor y excluyente. Aquí se ha sabido muy bien que la única manera de librarse de la ignorancia para crear una cultura que se pueda considerar propia es teniendo un pensamiento abierto al mundo, y sabemos también que el conocimiento, las ciencias y la creatividad del arte, por su misma naturaleza, de ninguna manera tienen fronteras políticas. Un gran escritor actual de lengua española que se formó a la sombra de la pluma de Reyes dice: “A mí [don Alfonso] me enseñó que la cultura tenía una sonrisa; que la tradición intelectual del mundo entero era nuestra por derecho propio y que la literatura mexicana era importante por ser literatura y no por ser mexicana”⁷.

Gracias a estas valiosas y singulares virtudes de don Alfonso hoy podemos disfrutar de una institución única en el mundo y esencial para México. Conservemos, pues, este Colegio de México al que Alfonso Reyes le dio vida, integridad y prestigio. Afiancemos su seriedad y acrecentemos su valor. No permitamos que la rutina nos conduzca subrepticamente a la repetición y a la ignorancia. Utilicemos toda nuestra inteligencia y creatividad para no temer a la pluralidad a la que, por su propia naturaleza, conduce el conocimiento. Evitemos que una tecnología divorciada del humanismo nos aleje del avance armónico de la cultura, o que un nacionalismo miope y empobrecedor nos encierre en provincialismos sin rumbo y ciegos al futuro. Rechacemos con valor y firmeza la cerrazón que estorba el paso a la capacidad creadora, inteligente y dinámica, de los grandes intelectuales que, como Alfonso Reyes, nos proveyeron de un sólido hogar académico. Aprendamos siempre de nuestra historia: adoptemos como pro-

⁷ CARLOS FUENTES, “Recuerdo de Alfonso Reyes”, en *La Gaceta*, FCE, 1989, núm. 220, p. 35.

pia la necesidad de formar parte activa y productiva en el concierto universal del saber, teniendo siempre presente el rumbo marcado por Alfonso Reyes, nuestro fundador.

Cuando se ha disfrutado de un saber libre y universal y cuando se han saboreado los beneficios de una cultura armónica, creativa y abierta, como la que surgió y como la que debe prevalecer en esta institución, podemos decir con Alfonso Reyes:

El que una vez te conoce
tiene de ti soledad,
y el que en ti descansa tiene
olvido de lo demás⁸.

BEATRIZ GARZA CUARÓN
El Colegio de México

⁸ ALFONSO REYES, "Río del olvido", en *Prosa y poesía*, ed. J. Willis Robb, Cátedra, Madrid, 1984, p.87.